

SACO DE PLUMAS

(por José Manuel Payán del Río)

Dicta la fábula que no debo pregonar, ni tú raudo los oídos prestar, a historia alguna que no supere los 3 filtros, si no quieres compartir el destino de cierta villa, hoy más callada que antaño cotilla, cuyo vergonzoso pasado te invito a conocer.

Notable villa pétrea, montañesa para más señas, de nombre hoy condenado, ahora "con encanto" pero entonces teatro de mentes sin tino y cuerpos sin corazón.

Enclavada en la confluencia de 3 pequeños valles, marco digno de posar retratado en cualquier pinacoteca; tan sobrada de vistas como falta del resto y, hasta no hace mucho, a una eternidad de cualquier parte.

Es lo que tienen ciertas zonas montañosas en las que lo soberbiamente escarpado y lo oscuramente profundo desaparecen simultáneamente, dejando paso a una marejada vegetal que, en la época de los sucesos que te contaré, obsequiaba con una paleta de alberos, sienes y dorados a la luz un sol cada vez más tenue.

Me contaron de buena tinta que en tiempos del I Conde de Biendicho y Mejorhecho, sabio y querido gobernante de la comarca, residía en la villa una acomodada dama, viuda proveya, tan virtuosa por fuera como pecadora por dentro, ni más ni menos que sus vecinos. Hacía muchos años que se había despedido de un matrimonio recién estrenado, fruto del cual tenía una joven hija ya en edad de amores. Y como el tiempo otorga lo que la naturaleza humana precisa, la aún de buen ver viuda se había encaprichado de un aldeano, de oficio molinero.

Cierto era que el molinero no era un paisano cualquiera. Alto y de recio porte, no le faltaban méritos físicos. Tampoco recursos mentales. Cómo si no habría podido reconstruir, con la sola ayuda de su izquierda y su derecha, la antigua aceña en ruinas que ahora explotaba junto al Azud del Peregrino. De carácter noble y amable, aunque era tenido por extraño y huraño, muy posiblemente por vivir a media legua de la villa, rodeado de quejigos, castaños y nogales, en singular compañía de su pulgoso perro. Y extraño era en verdad para los nativos del lugar, como lo sería cualquier forastero acogido, que no nacido, en estas tierras, como era su caso, no haría más de un lustro.

Poco amigo de tertulias y comadreos, nuestro molinero guardaba para sí su historia. Casi nadie sabía de su pasado de guerra. De esas de alabarda aproada al enemigo a la carrera y sin temor ¿Quién hubiera podido adivinarlo viéndole ahora en su tranquila vida de molienda? Ese quién era nuestro Conde, en otros tiempos inseparable compañero de armas de nuestro molinero en tantos combates que fatigaría contarlos y con una camaradería de esas que se forjan cada vez que sales a encontrar la parca en el filo

de una espada. Padrino y motivo de nuestro molinero en estas tierras, el Conde solía visitarle furtivamente de pascuas a ramos para jugar una partida de ajedrez.

Nadie sabe por qué, tal vez por lo que ocultaba, tal vez por lo que mostraba, pero nuestra viuda bebía los vientos por el molinero prácticamente desde que asomó el flequillo por la zona. Muchos fueron los envites que la señora intentó. Sin embargo, nuestro molinero, sin llegar a despreciarla, no atendía sus deseos, lo cual multiplicaba su determinación.

Entre lances, no fue nuestra viuda la única que levantaba cartas. Su hija, como astilla al palo, también, pero con mucho más éxito. Tanto que el furtivo juego tornó en otra cosa al quedarse en cinta de un joven de condición incompatible con el compromiso.

La viuda andaba desquiciada con la humillación y no era para menos, la niña guardaba con más celo al pecador que al pecado. Y como al perro flaco todo se le vuelven pulgas, terrible conjunción del destino, nuestro molinero, ajeno al privado asunto y cansado del continuo aprieto, decidió rechazarla.

¡Ay, molinero! ¡Prepárate que el despecho nunca fue buen consejero! Y así la viuda encontró satisfacción a su problema y a su resentimiento.

La viuda, con buen predicamento entre la comunidad, comenzó a señalar al molinero públicamente:

- ¡Qué mayor deshonor nublar el entendimiento de mi hija para aprovecharse de tan inocente ser y no afrontar su infamia! - Pregonaba aquí y allá.

Mal asunto para tanta mente cerrada. Y como las mentes cerradas suelen tener la boca abierta, el infundio pasó de murmuración a chismorreo y de ahí a protagonizar los corros.

Nuestro molinero, que ya había visto sangre para cien vidas, lo tomó con resignación a sabiendas de su inocencia - ¡Pardiez, de algo tiene que servir vivir a media legua de cualquiera! - Pensaba frecuentemente.

Sin embargo, el hado no le guardaba aprecio y, con el paso de las semanas, su indiferencia multiplicaba el deseo de sus vecinos por doblegarle. Primero llegó el desprecio público, luego el aislamiento y por último la extorsión, al condenar sus servicios como molinero.

Un día, un conocido siervo de librea del Conde, hermoso joven de buena planta y apodado "el tizado", por ser el único negro del lugar, llegó muy agitado a Palacio con ánimo de informar al curtido aristócrata de una noticia de máximo interés para él:

- ¡Excelencia!, debo informarle de una ignominia, una falta de honor, el molinero...

El Conde, avezado señor de su criado, al que trajo consigo allende los mares siendo adolescente, adivinando de inmediato lo espurio de sus intenciones, lo interrumpió diciendo:

- ¡Espera! Acuérdate de tus lecciones ¿Pasaste a través de los tres filtros lo que me vas a decir?
- ¿Los tres filtros? - inquirió el fámulo.
- Sí- dijo el Conde -, el primero la verdad, ¿comprobaste si lo que me vas a decir es completamente verdadero?
- No; lo oí decir en la villa.
- Pero al menos lo habrás pasado por el filtro de la bondad. ¿Lo que pregonas es por lo menos bueno?
- No, en realidad no; al contrario.
- Entonces vamos al último filtro y piensa bien la respuesta ¿Es NECESARIO que me cuentes eso?
- Para ser sincero, no; necesario no es. - certificó final y abatidamente el renegrido.
- Entonces - sonrió el sabio Conde - si no es verdadero, ni bueno, ni necesario... olvidémoslo y continua con tus labores.

En tanto, la lengua, que no tiene hueso pero corta lo más grueso, había ido quebrando poco a poco la fortaleza de nuestro molinero, que no tenía escudo para el vituperio.

La viuda, confirmando que los cántaros vacíos son los que más suenan, y a falta de remate del órdago, solicitó al Conde que castigara al molinero por su falta. Éste, asediado por el populacho decidió visitar a su camarada antes de sacar la espada de la vaina. Así lo habían hecho tantas veces tiempo atrás.

Dicen que cuando entró en su casa fue la única vez que el corazón del Conde se arrugó. Allí encontró al molinero, muerto sobre su jergón. Enjuto y desaliñado, nunca sabremos si por hambre, rabia o desesperación. Digna sepultura dio a quien, frente a oponentes feroces, tantas veces la guadaña con él esquivó.

Ahora tenemos dos viudas, temibles enemigas, una de verdad y otra de mentira, que a las pocas semanas parió un niño único, oscuro, tiznado como el picón.

Resuelto el misterio, solo quedó castigar el pecado, pero no el de ser tiznado, sino el del ruin vituperio.

El Conde, herido por el compañero perdido, convocó a todos un ventoso día en la plaza de la iglesia y dirigiéndose a la viuda sentenció:

- Por tu perfidia, quedas desterrada. Parte ahora mismo dejando todo atrás y llevando solo esta almohada de plumas.

La viuda se arrojó a los pies de noble pidiendo clemencia. El Conde, llevándola a la cima de la torre de la iglesia, le pidió que rasgara el cojín soltando las plumas al viento, las cuales se diseminaron lejos en todas las direcciones:

- Ahora ve y recoge las plumas que has desperdigado. Si me las traes todas de nuevo te perdonaré - dijo el Conde señalando al vacío.

Tras esto, voceando al resto de los congregados desde el campanario, les dijo:

- No sois inocentes, no fue uno ni dejasteis de ser todos, así que, cada vez que os nombren se recordará vuestra ruindad porque condeno al olvido el nombre de esta villa y le concedo otro nuevo. A partir de ahora se llamará Maledicencia y vosotros, maledicentes.

La viuda nunca pudo reunir todas las plumas y aún recorre el bosque en busca de ellas como una sombra apestada. Porque la maledicencia y la calumnia tienen la capacidad de propagarse como las plumas en todas direcciones y, una vez esparcidas, nunca pueden ser completamente recogidas.